

EL TRABAJO DE CAMPO EN EL ARCHIVO: CAMPO DE REFLEXIÓN PARA LAS CIENCIAS SOCIALES

Dra. Lidia R. Nacuzzi
Universidad de Buenos Aires
lidianacuzzi@yahoo.com.ar

Dra. Carina P. Lucaioli
Universidad de Buenos Aires
carinalucaoli@gmail.com¹

RESUMEN

En este trabajo² realizamos una breve referencia al tipo de investigaciones etnohistóricas desarrolladas en Argentina y presentamos una reflexión sobre la propuesta metodológica de la antropología histórica, identificando y examinando la incidencia de algunos problemas del trabajo de campo en el archivo. Creemos que este enfoque es una herramienta de investigación factible de ser aplicada en el campo más amplio de los estudios de las ciencias sociales que, cada vez más, incorpora el análisis de fuentes escritas en sus pesquisas.

Palabras clave: etnohistoria, ciencias sociales, archivos, metodología.

ABSTRACT

The current article presents a brief essay about the type of ethnohistorical research developed in Argentina and a reflection over the methodological approach of historical anthropology. It also identifies and analyzes some of the problems archival fieldwork might bring. We believe this approach is an adequate analysis tool

¹ Fecha de realización: febrero de 2011. Fecha de aceptación: junio de 2011.

² Investigaciones que se realizan con el financiamiento del CONICET (PIP 0026) y la UBA (UBACyT F 105)

to be applied to the broader field of social sciences, since those studies tend to incorporate more written sources analysis in their investigations each time.

Key words: ethnohistory, social sciences, archives, methodology.

En los últimos 40 años, la antropología latinoamericana, a la luz de los trabajos pioneros de John Murra, ha incursionado más decididamente en un campo que venía conformándose desde varias décadas antes: la etnohistoria. Definida por Murra (1975) como una “táctica” de investigación que aportaba al “estudio de grupos étnicos no-europeos” a partir del “uso de las fuentes de archivo” (304-305) y centrada en los grupos andinos anteriores a la Conquista, para los cuales la conexión entre las crónicas, las tradiciones orales y los vestigios arqueológicos era más evidente y posible, la etnohistoria como estrategia de investigación se aplicó luego a otros espacios y momentos históricos.

Según Viazzo (2003), el término etnohistoria fue usado por primera vez en Estados Unidos en 1909 en una muestra de materiales arqueológicos y etnográficos (cuando el nombre técnico para el estudio del pasado de los pueblos indígenas que no habían dejado sus propios escritos era el de “protohistoria”) y se definió el “dato etnohistórico” como la información de carácter etnológico que podía encontrarse en la documentación producida por los blancos. También en Estados Unidos, en 1954, apareció la revista *Ethnohistory* que ya proporcionaba una definición de la etnohistoria como

el estudio de las identidades, de las colocaciones geográficas, de los contactos, de los movimientos, de las consistencias numéricas y de las actividades culturales de los pueblos primitivos a partir de los más antiguos documentos escritos que les atañen (Viazzo 2003:152).

Los tópicos mencionados (identidades, ubicaciones geográficas, contactos, movimientos) siguen formando parte de la agenda de investigación de los estudios etnohistóricos actuales, aunque el contenido de estos conceptos se ha ido ajustando de acuerdo a las nuevas concepciones de la antropología.

La relación entre dos disciplinas implícita en el término etnohistoria (la de la antropología con la historia) no tardaría en salir a la palestra. La discusión sobre los límites entre ellas y la reflexión sobre la necesidad de integrar las metodologías respectivas han sido reiteradamente subrayadas por autores de diferentes trayectorias y ámbitos académicos. Mencionamos, como ejemplo, sólo a Cohn (1980), Trigger (1982), Lorandi y del Río (1992) y Viazzo (2003), puesto que no pretendemos aquí revisar esa discusión. Tampoco nos queremos detener en cuestiones de “nomenclatura”, como las de “etnohistoria” y/o

“antropología histórica”³, para las cuales se puede consultar la obra de Viazzo (2003) y su minuciosa puesta al día sobre estas cuestiones.

En la Argentina, los primeros estudios de este tipo aparecieron en la década de 1980⁴ y tenían como objetivo el estudio “del otro social desde la perspectiva de la etnicidad y considerando sus transformaciones a través del tiempo” (Lorandi y del Río 1992:10)⁵. Es un postulado en el que los representantes de muchas de las especialidades de la ciencia coincidimos, aquel que afirma que la división en disciplinas y subdisciplinas muchas veces no refleja adecuadamente las realidades complejas e imbricadas que nos dedicamos a estudiar. Trigger (1982) es uno de los historiadores que ha señalado la falsa dicotomía entre una historia dedicada a los pueblos de occidente y una antropología que estudia a los pueblos nativos⁶. Sin embargo, aún recordando el origen colonial de la antropología, que surgió cuando Occidente comenzó a conocer a “otros” pueblos, podemos identificar en sus estudios actuales un aporte decisivo para que esos pueblos “sin historia” no pasaran como entidades estáticas al “museo de culturas” (Moniot 1978:118)⁷. Creemos que la tarea de los etnohistoriadores, que hacen etnografías históricas, ha sido determinante en este sentido, al recuperar de entre las páginas de las fuentes históricas a los grupos étnicos, sus territorios y caciques, sus etnicidades y relaciones con sus habituales vecinos y con los nuevos “otros” que se pusieron en contacto con ellos de diversas formas desde la llegada de los europeos a América⁸.

³ Una de nosotras ya se ha expresado sobre la pertinencia de estos rótulos y su postura frente a los mismos (Nacuzzi 2000). Para los fines de este artículo, pueden considerarse (tal como las seguimos usando en nuestro ámbito académico) expresiones similares.

⁴ Aunque existe una tradición más antigua que puede remontarse hacia atrás, hasta el momento en que aparece la *Historia de la Nación Argentina* (1936), en el cual los primeros capítulos están dedicados a los “los aborígenes prehispánicos e históricos”, con un enfoque que conjugaba datos de las fuentes históricas con los de la arqueología.

⁵ No podemos determinar con exactitud si los modernos estudios de etnohistoria en Argentina se debieron sólo a la influencia de las investigaciones de John Murra en el área andina de América o si hay que reconocer también la contribución de la aparición de la mencionada revista *Ethnohistory* en Estados Unidos. Desde la década de 1970 venían produciéndose aisladamente estudios de arqueología que integraban datos etnohistóricos o estudios etnohistóricos que buscaban aportar a la interpretación del registro arqueológico. Por lo menos, en el ámbito de la Universidad de Buenos Aires, parece haberse dado una primera influencia de la *ethnohistory* en la oscura década de 1970 y, con la llegada de la democracia, un decidida impronta de los estudios andinos en la producción local que se plasmó en 1985 con la creación de una Sección Etnohistoria en el Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras de esa universidad (ver, para más detalle, Lorandi y Nacuzzi 2007).

⁶ En el mismo sentido se ha pronunciado Eric Wolf ([1982] 1993): “a la ‘etnohistoria’ se le dio ese nombre para separarla de la historia ‘verdadera’, que es el estudio de los supuestamente civilizados. Sin embargo, del estudio de la etnohistoria se saca en claro que las materias de los dos tipos de historia son las mismas” (33-34).

⁷ Otros autores han señalado críticamente el enfoque de la historia sobre los hechos notables, los hombres notables, las batallas heroicas y algunas situaciones políticas (Revel 2000) que (además de responder a los paradigmas de una época) son aquellas cuestiones y situaciones sobre las que se han guardado una mayor cantidad de relatos y documentos diversos y que resultan más accesibles para su estudio.

⁸ Como lo ha expresado Wolf ([1982] 1993): “Sin imperialismo no habría habido antropólogos, pero tampoco habría habido pescadores denes, balubas o malayos para estudiar” (33).

Los primeros aportes de la renovada etnohistoria argentina estuvieron decididamente impulsados por Ana María Lorandi⁹ y centrados en el noroeste del país, desde La Rioja hasta Bolivia (región meridional del gran sector andino), y en sus sociedades indígenas que, siendo sedentarias, habían sufrido más directamente los avatares de la conquista: reducción en pueblos para su evangelización, reparto en encomiendas, pago de tributo, trabajo por turnos, servicio personal en las casas de los encomenderos, establecimiento de cabildos, intervención de funcionarios de la corona y curas doctrineros, desnaturalizaciones y traslados. Estos eventos, al parecer, habrían dejado una mayor cantidad de fuentes disponibles para afrontar estudios sobre estos grupos. Las investigaciones se centraron en las diversas etnias de la región y en redefinir sus ubicaciones y relaciones mutuas, en el trabajo, el tributo y las encomiendas, en el sistema de autoridades y en la resistencia y rebeliones indígenas¹⁰.

Las regiones que estuvieron habitadas por grupos nativos no sometidos inicialmente a la dominación española, como la Pampa, la Patagonia y el Chaco, fueron incorporándose también a la corriente de los estudios etnohistóricos desde el trabajo pionero de Martha Bechis (1983) sobre las interrelaciones de los grupos étnicos y su participación en la formación de los Estados Nación de Argentina y Chile. Como Bolivia para el noroeste argentino, la región de la Araucanía chilena es inseparable de la Pampa y el norte de la Patagonia en este tipo de estudios. En esos espacios los grupos nativos ofrecieron una pertinaz resistencia a ser reducidos en pueblos de misión, recibieron nuevos bienes que incorporaron a sus economías (de los cuales los más importantes fueron el caballo y el ganado vacuno) y establecieron una relación complicada con los blancos que incluía intercambios, ayudas, malones indios o expediciones punitivas hispanocriollas, celebración de pactos y tratados de paz, establecimiento de líneas de fortines defensivos, movimientos de los grupos indígenas hacia esos espacios en donde podían practicar el intercambio de bienes, incorporación de personas del “otro” grupo (cautivos entre los indios, rehenes entre los blancos) e intensos procesos de mestizaje y etnogénesis¹¹.

Una etnohistoria de estos grupos que habitaban “el desierto” (como se denominó por años a la extensa región que comenzaba pocos kilómetros al sur de la ciudad de Buenos Aires) parecía muy dificultosa de encarar, puesto que los principales productores de relatos sobre los grupos indios (los misioneros y los encomenderos) no habían podido actuar en estos territorios. Aunque en algunos sectores de las fronteras del Chaco las misiones sí habían logrado establecerse, los relatos de los misioneros dejaron la sensación de que ese espacio estaba profusamente poblado por “bandas” imposibles de identificar y clasificar bajo rótulos confiables. Estos grupos eran los “bárbaros” que asolaban

⁹ Lorandi creó en 1985 la Sección Etnohistoria mencionada. Para un panorama de los estudios etnohistóricos desde otras regiones de la Argentina, ver Lorandi y Nacuzzi 2007.

¹⁰ Una síntesis de esas investigaciones puede apreciarse en la obra compilada por Ana María Lorandi (1997), *El Tucumán Colonial y Charcas*. En 2000, un nuevo panorama de los estudios producidos se publicó en el volumen 9 de la revista *Memoria Americana*, disponible en www.seccionetnohistoria.com.ar.

¹¹ Para una síntesis de la primera década de estudios etnohistóricos en Pampa-Patagonia, ver Mandrini 1992.

poblados y misiones, los “salvajes” que dirigían malones alzándose con personas y haciendas, eran nómades, se movían continuamente, cambiaban de lugar de residencia. Ningún estudio sobre ellos parecía posible de realizarse¹². A estos grupos y problemas nos hemos dedicado las autoras (por ejemplo, en: Nacuzzi 1991 y 1998, Lucaioli 2005 y 2011) y es desde esta experiencia de tratar con algunos tipos de fuentes (y no con otras) desde la cual reflexionamos en este artículo sobre las estrategias metodológicas de la etnohistoria o antropología histórica.

La investigación en etnografía histórica tiene como carácter distintivo el hecho de que la recolección de datos se realiza en el campo del archivo, campo que transitamos buscando reconstruir aquellos fenómenos sociales propios de los grupos no europeos a partir de discursos escritos contruidos por los otros: viajeros, misioneros y funcionarios en contacto con ellos, aunque ajenos a sus maneras de ver e interpretar el mundo. En las primeras páginas de la etnografía fundante del quehacer antropológico, Malinowski (1995) advertía sobre la dificultad que supone acceder a los datos a través del tamiz distorsionado de misioneros, comerciantes y funcionarios gubernamentales, instando a abandonar los espacios de colonización para mezclarse con los indígenas en la vida del poblado. Los etnohistoriadores sólo podemos abordar la vida indígena decodificando el discurso colonial a través de nuestras preguntas de investigación. Este trabajo de campo que, con preguntas de etnógrafo, encara las actividades del historiador requiere de ciertos recaudos metodológicos específicos que nos hemos visto precisados a generar y multiplicar con el fin de obtener datos fiables para nuestros estudios a partir de un continuo estado de alerta y análisis sobre la literalidad de los discursos.

En este artículo pretendemos reflexionar sobre la propuesta metodológica de la antropología histórica, identificando y analizando cómo inciden en ella algunos de los problemas del trabajo de campo en el archivo¹³ que, aunque son semejantes a los del historiador, se ven incrementados cuando se trata de rastrear a los protagonistas anónimos de la historia: la preservación arbitraria de los documentos, el ordenamiento impuesto por los repositorios (que responde a lógicas ajenas a nuestro quehacer), el carácter fragmentario de la información, el discurso explícito y los silencios de los escritos. Creemos que este enfoque, hasta ahora ejercitado desde y para la antropología histórica, está demostrando ser una herramienta de análisis factible de ser aplicada en el campo más amplio de los estudios de las ciencias sociales que, cada vez más, incorporan el análisis de fuentes escritas en sus pesquisas¹⁴.

¹² Además, en la mayoría de los casos, se trata de grupos desaparecidos después de la “Conquista del Desierto” (campana militar al sur entre 1879 y 1874) y la “Pacificación del Chaco” (campana militar de 1884-1885), aunque, por lo menos desde los últimos diez años, se está dando un proceso de rescate de algunas etnicidades ancestrales por algunos sectores de la sociedad, proceso que se ha dado en llamar “re-etnificación”.

¹³ En los archivos a los que hacemos referencia se guardan documentos oficiales de carácter gubernamental y administrativo y algunas colecciones de papeles del ámbito privado. Otros tipos de documentos escritos como las fuentes eclesiásticas, empresariales, los documentos de las ONGs, las publicaciones periódicas y literarias están conservadas en otros repositorios o bibliotecas públicas o privadas (Langer 2001).

¹⁴ Consideramos que un concepto de fuente más amplio podría ser aplicado a otras disciplinas de las ciencias sociales. Serían fuentes todo lo publicado o impreso (libros, periódicos, boletines, revistas, folletos,

Las visitas del etnohistoriador al “campo”, como las de cualquier antropólogo¹⁵, se repiten y multiplican según los indicios de nuevas fuentes que van apareciendo en cada consulta al archivo y las derivaciones que va adquiriendo la propia investigación. Así, el trabajo de campo en el archivo suele prolongarse en el tiempo y, como en el trabajo de campo etnográfico, se crean vínculos con las personas que trabajan en él y con el espacio. Las salas de los archivos se vuelven un lugar simbólicamente asociado a nuestras preguntas de investigación y a la pasión que nos impulsa a resolverlas. Una etnografía de estas visitas al espacio de los archivos, a veces muy diversos, sería una interesante vuelta de tuerca para reflexionar sobre qué hacemos en el campo del archivo y cómo nos ven sus administradores y técnicos, integrando una vía más para ponderar nuestras formas de acceso a las fuentes y sus voces.

LA PROCEDENCIA DE LAS FUENTES Y LA IMPERFECCIÓN DEL REGISTRO

Además de los recaudos metodológicos por considerar en el trabajo con fuentes escritas, existen algunas cuestiones relativas a los repositorios documentales que son propias de los mismos y que, aunque se refieren a la preservación de los documentos y su ubicación física en el ámbito del archivo, influyen en la búsqueda de información y su exégesis. Estas cuestiones, que inciden en la obtención de datos para una investigación, cualquiera sea el enfoque epistemológico y disciplinar con el cual la misma se aborde, se resumen en tres preguntas: qué papeles se guardaron, cuáles criterios de clasificación se usaron y cómo se han conservado.

Los problemas asociados al desorden y la fragmentariedad de los documentos y al orden impuesto por los diversos repositorios ya han sido abordados por Necker (1984), Farge (1991), Revel (1995) y Nacuzzi (2002), entre otros. Sobre los criterios de clasificación, podemos dar, como ejemplo, los archivos que se fueron conformando durante el proceso de conquista y colonización española en América. Estos repositorios de papeles de gobierno y administración estaban destinados a resguardar los documentos que se producían entre la metrópoli y sus colonias de ultramar. En España, el más conocido y completo es el Archivo General de Indias de Sevilla. En Latinoamérica, los archivos existen en cada cabecera política de lo que fueron audiencias, presidencias, gobernaciones o virreinos, y no siempre se corresponden con la división política actual de los países (por ejemplo, Archivo Histórico de Bolivia, Archivo Nacional de Asunción -Paraguay-, Archivo Nacional de Chile, Archivo General de la Nación -Argentina-, Biblioteca Nacional de Río de Janeiro -Brasil). Luego de las independencias de los distintos países, cada uno de ellos continuó

afiches), anotado en los márgenes, manuscrito en cartas, libretas de campo o diarios de viaje, material inédito escrito por medio de procesadores de texto (todo lo que antes se denominaba “mecnografiado”), como monografías, informes, conferencias, borradores de libros y artículos científicos, la información no publicada previamente o aquella que no está destinada a publicarse: cartas, memos, instrucciones, órdenes internas de diferentes empresas u organismos (Nacuzzi 2010).

¹⁵ Destacamos, especialmente, nuestra intención de esbozar aquí una comparación entre el trabajo de los etnógrafos y el de los etnohistoriadores, cuyas similitudes no han sido suficientemente exploradas (como sí las fueron las del antropólogo y el historiador).

guardando papeles y documentos en conjuntos que, muchas veces, respetan aleatoriamente la actual división en provincias o departamentos, sin contar con posibles divisiones provocadas en determinados períodos por luchas civiles o inherentes a la conformación de los Estados Nación que dispersaron aun más la documentación.

Por otra parte, existen repositorios especializados en determinado tipo de papeles, como los registros catastrales, los registros parroquiales, los archivos judiciales que, a pesar de proporcionar información muy específica, produce una fragmentación más notable en el tipo de datos que resguarda. Ginzburg (2004) se ha referido a estos problemas:

Los registros parroquiales nos presentan a los individuos en cuanto que individuos que nacen o mueren, o que son padres e hijos; los registros catastrales, los presentan en su calidad de propietarios o usufructuarios; las actas criminales, en tanto que actores o testigos de un proceso. Pero de este modo se corre el riesgo de no captar la complejidad de las relaciones que ligan un individuo a una sociedad determinada (61).

Debido a estas fragmentaciones de la información, el trabajo de campo se realiza frecuentemente en varios archivos con el fin de completar y confrontar los datos que se van generando. Pero este no es un mecanismo infalible y lineal. Farge (1991) ha señalado que en el archivo, en nuestro acercamiento a un corpus de datos, casi siempre trabajamos positivamente, con lo que *sí hay*, aunque a menudo es mucho lo que *no hay*. Ha observado cómo estamos acostumbrados a guiarnos por las huellas positivas, pero advierte que hay que permanecer atento “a lo que huye, a lo que se sustrae”, a las ausencias (57). De ausencias y silencios ha hablado también Roulet (2004) al identificar diversas acciones y hechos que las fuentes omiten, ocultan o exaltan, según los intereses puestos en juego entre grupos indígenas y funcionarios españoles durante la firma de un tratado de paz, por ejemplo, que pueden llegar a tergiversar los datos de manera particular.

Para develar esos posibles silencios, el investigador puede recurrir al análisis de los diferentes contextos que envuelven toda acción social, como resultado de una transacción constante del individuo frente a la realidad normativa (Levi 1993). Bensa (1996), en un interesante contrapunto entre la etnografía y la microhistoria, sostiene que, aunque la experiencia de campo no es la misma que la de los archivos, ambas disciplinas valorizan tanto las expresiones más humildes como las más ostentosa de la vida social. Para el autor, lo que un grupo humano muestra y dice al etnógrafo (y que este tiende a considerar como dato) incluye el rol que ese grupo le atribuye y las estrategias retóricas que se despliegan¹⁶; mientras el microhistoriador busca los casos raros en que la

¹⁶ Pensamos que, a pesar de los cuidados aplicados por el etnógrafo a la observación con participación en el campo de la vida social, siempre puede haber omisiones en la información que se le transmite o en cómo la registra y, también, una posible mirada sesgada por sus objetivos de investigación (la “empatía” a la cual se refiere Farge (1991) para el trabajo en el archivo) o posibles errores de transcripción. La etnografía positivista buscó paliar estas dificultades mediante la descripción holística de la vida social (Malinowski 1995) y la perspectiva interpretativa de la disciplina etnográfica lo hizo abordando la

documentación presenta “diálogos” o intercambios verbales para examinar las rupturas, las incoherencias y las incomprendiones. Así, inspirándose tanto en la microhistoria y su producción¹⁷ como en su trabajo de campo entre los kanak de Nueva Caledonia, Bensa ha identificado y descrito una serie de contextos por ser considerados en una investigación. Nacuzzi (2002) ha señalado cómo la consideración de algunos de ellos en el análisis de los documentos escritos puede contribuir a la interpretación de estos relatos y a iluminar algunos de sus pasajes confusos.

Siguiendo esas propuestas, el *contexto de las situaciones sociales precisas* revela las diferentes posiciones sociales desde las cuales se producen los documentos e implica considerar desde dónde escribe el autor de nuestras fuentes, si es una persona destacada dentro de su grupo social o es alguien que realiza una petición que le escribe otra persona, si es un funcionario que rinde cuentas a un superior sobre diversas acciones que le fueron encomendadas, un misionero que informa sobre su labor evangelizadora o un viajero que escribe para reseñar sus aventuras. El *contexto de enunciación* pone en evidencia cómo se expresa lo que se escribe y da cuenta de las distorsiones que genera el escribiente, ya sea misionero, funcionario o etnógrafo. El *contexto cultural* muestra las relaciones sociales entre individuos, quiénes y cómo actúan, y está en relación con el contexto de las situaciones sociales precisas que puede revelar un escrito: funcionarios en relación con otros funcionarios, misioneros con funcionarios, religiosos entre sí, y todos ellos en relación con las poblaciones nativas, sucesivamente o al mismo tiempo. El *contexto de los campos del discurso* señala los propósitos oficiales y los intereses de los particulares, esto es: para quién y por qué se escribe. El *contexto temporal* puede indicar cambios en la reseña o el relato de una misma situación o una práctica social a lo largo de diferentes períodos.

En la tarea de reconstruir las historias indígenas, el etnohistoriador trabaja con registros creados por otros (funcionarios coloniales, misioneros, viajeros) que tenían sus propios objetivos de conocer y dominar a grupos nativos extraños en un contexto de expansión colonial, con sus propios preconceptos sobre la organización social y la religión de esos grupos. Estos escritos, concebidos como sumarios, memorias, diarios, actas de parlamentos o informes para dar a conocer ciertas actividades a determinadas autoridades, comunicar acciones futuras o pasadas a personas del mismo rango, o impartir órdenes, no fueron pensados para responder nuestras preguntas de investigación (Necker 1984) y se encuentran teñidas por las motivaciones e intenciones inherentes a sus contextos de producción. Nacuzzi (2002) ha advertido sobre la cuestión de una doble distorsión impuesta a los datos que podamos obtener de los documentos: la del estudioso que los interpreta según sus normas y valores, influenciado por el propio discurso de los relatos y la que le imprimió el autor de esos papeles, ya fuera funcionario, viajero o escribiente. Para soslayar el primer motivo de estas

significación de los sistemas culturales a partir de la “descripción densa” (Geertz 1997).

¹⁷ Sobre todo las obras de Carlo Ginzburg *El queso y los gusanos* (2001), cuya primera edición fue en 1976, y *I Benandanti*, publicado por primera vez en 1966, luego traducido al francés en 1980 y al inglés en 1983, como *The Night Battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*.

posibles alteraciones en los datos tenemos mucho que aprender de los recursos del etnógrafo y, para evitar el segundo de ellos, es ineludible la consideración de los contextos mencionados.

También esa autora se ha referido al particular orden en que aparecen los relatos de determinadas situaciones y a la tarea de reordenarlos y darles sentido por medio de la búsqueda de otros papeles que complementen la información. Otros autores, como Farge (1991), han advertido sobre la empatía entre nuestras hipótesis y los datos que podemos obtener en los archivos, indicando la necesidad de mantener una separación clara entre nuestro punto de vista como investigadores y los discursos de los informantes en los documentos.

LOS INFORMANTES Y EL DESCIFRAMIENTO DE LOS DATOS

Suponiendo superadas las dificultades de encontrar el repositorio en el que se guardan los documentos que necesitamos consultar, que los mismos estén bien conservados, completos, legibles y que hayamos logrado ordenar diversos testimonios que atañen a nuestro problema de investigación, todavía nos queda por transitar el procedimiento de *obtener* la información y darle sentido, desde la consideración de los múltiples contextos mencionados antes. Muchos de estos documentos reúnen múltiples discursos: en primera instancia, el del funcionario que lo produjo; luego, el del indígena en contacto con él. Aunque también se cuelean discursos implícitos de uno y otro lado: el que produce el escrito lo hace desde sus propios preconceptos e intereses, el “esfuerzo de escribir una crónica tiende a reforzar la valoración del propio grupo, minimizando, o incluso desvalorizando al ajeno” (Lorandi y del Río 1992:36). Desde el lado de *los que son descritos* en un escrito, también se cuelean, por ejemplo, denominaciones del propio grupo, “repetiendo ante personajes ‘cultos’ -como los viajeros y misioneros- el nombre que habían escuchado le adjudicaban otros personajes similares a ellos” (Nacuzzi 1998:109)¹⁸.

En los documentos encontramos informantes de uno y otro lado de la ecuación del contacto hispano-indígena, aunque sus voces tienen distinta presencia. Nos centraremos ahora en estos personajes. Entendemos por informantes a “quienes proveen información y con quienes se relaciona el investigador de campo” (Guber 2004:127). En nuestras investigaciones, algunos de los informantes son aquellos sujetos históricos que mencionamos antes, los autores de las cartas, papeles y documentos que leemos, seleccionamos y recopilamos en el archivo. Por el grado de detalle de sus relatos y observaciones y/o por sus reiteradas intervenciones en distintos documentos, algunos de estos autores se convierten en nuestros informantes principales. Son más o menos cultos, más o menos leídos, forman parte del estado colonial como funcionarios civiles (virreyes, gobernadores, tenientes de gobernador, alcaldes), religiosos (rectores, párrocos, misioneros), militares (maestros de campo, capitanes generales); han pasado más o menos tiempo entre los grupos nativos (puede

¹⁸ Pratt (1997) ha señalado como “autoetnografía” a este comportamiento en el cual “los sujetos colonizados se proponen presentarse a sí mismos de maneras que *se comprometen con* los términos propios del colonizador” (27)

tratarse de misioneros que vivieron junto a los grupos indígenas, viajeros que interactuaron con grupos indígenas en sus travesías, funcionarios que recibieron a algunos líderes étnicos para negociar acuerdos) o recibieron la información de terceros (historiadores y compiladores de la Compañía de Jesús, funcionarios de alto rango que resumían información). Están los que aparecen circunstancialmente y los que escribieron extensos tratados sobre algunos grupos o mantuvieron un cargo político por muchos años, produciendo numerosa correspondencia epistolar con sus subalternos y superiores.

Los antropólogos sociales y etnógrafos han considerado un gran salto cualitativo para su especialidad poder dejar de depender de otros en la recopilación de datos: “El experto recibía los materiales del recolector-conquistador-funcionario-comerciante-misionero” (Guber 2004:39), para pasar, en las primeras décadas del siglo XX, al momento en que se institucionalizó “la expedición y la presencia directa de los expertos en el terreno” (Guber 2004:42). El hecho distintivo de la disciplina comenzó a ser el trabajo de campo y el contacto directo con sus “sujetos” de estudio. Como hemos señalado, para los etnohistoriadores el contacto directo con nuestros grupos en estudio es imposible y seguimos dependiendo de los informes de conquistadores, funcionarios, misioneros, viajeros y comerciantes. Esto nos lleva a una doble tarea de desciframiento sobre los hechos que se relatan en las fuentes, debemos reconstruir la perspectiva del actor (Geertz 1997) desde dos enfoques: el del autor de los documentos y el del actor étnico que ese autor describe o menciona someramente (y aquí aparece “la otra parte” de la ecuación aludida).

Cabe señalar que esta distinción de dos ejes en la perspectiva del actor no se traduce en dos momentos netamente separados ni tienen un orden preestablecido en el análisis de los documentos. A veces no son percibidos claramente en una primera lectura, aunque el ejercicio de distinguir en el discurso de un autor a los diferentes actores que intervienen nos permite despegarnos de la literalidad de los papeles y concebirlas como textos multívocos y multireferenciales. Suponiendo que estos dos ejes de análisis sobre la perspectiva del actor se pudieran abordar por separado, en la primera de esas instancias (la del autor) buscaremos comprender cómo los hechos o acciones que se relatan fueron interpretados y descritos por el funcionario o viajero que es el autor de la fuente. En estos escritos se filtran aspectos no directamente relacionados con los hechos que se narran: la visión del mundo del que escribe, sus intereses de funcionario o misionero, su situación ante posibles funcionarios de mayor rango, los antecedentes de su buena o mala relación con las personas del grupo étnico con las que interactúa. Por ejemplo, Francisco de Viedma¹⁹ le escribía a su superior, el Virrey Vértiz, solicitando reiteradamente el auxilio de tropas porque el fuerte se encontraba “desamparado” ante la presencia de los grupos étnicos de la región, apreciación que resulta exagerada puesto que, a la vez, negociaba con uno de los caciques la entrega de ganado para su consumo por parte de los habitantes del fuerte. El mismo Viedma realizó

¹⁹ Francisco de Viedma fue el fundador y primer Superintendente (1779-1784) del Fuerte de Nuestra Señora del Carmen que se hallaba cercano a la desembocadura del río Negro en el Atlántico, al norte de la Patagonia.

múltiples anotaciones en el diario que le entregó el piloto Basilio Villarino²⁰ sobre su reconocimiento del interior del río Negro, puntualizando supuestas acciones y procedimientos erróneos y una mala administración de los recursos por parte del mismo, antes de enviar el diario al Virrey. Estos ejemplos señalan la importancia de conocer las circunstancias en los que fueron producidos los documentos con los que trabajamos. Cuanto más amplio es el panorama sobre la producción de informes, cartas y diarios, más posible será tener la información necesaria sobre el contexto de las situaciones sociales, el contexto de enunciación y el contexto cultural en los que se insertan esos documentos.

El segundo eje de análisis, es el de la perspectiva del actor del grupo étnico que aparece mencionado en los papeles producidos por los autores a los que nos acabamos de referir. Estos son los sujetos de nuestra investigación y todos nuestros esfuerzos están orientados a reconocerlos y distinguir sus acciones a partir de una información fragmentada, dispersa, velada por otros fines del relato o por otros intereses del escribiente. Casi nunca son los protagonistas principales ni hablan por ellos mismos, no podemos acceder a la explicación del propio actor, ni interrogarlos directamente sobre los aspectos que buscamos conocer. En este sentido, la reconstrucción del mundo indígena a partir de los documentos escritos descansa en gran medida en la habilidad del investigador para develar los hechos, confrontarlos con otras fuentes y complementar la información en una suerte de *bricolage*.

Para ello es necesario conocer (y poner en diálogo) dos corpus complementarios que pueden brindarnos información sobre el grupo en cuestión: las propias fuentes y la bibliografía académica que ha descripto a estos grupos, aunque este último conjunto de información debe ser considerado transitando el delicado equilibrio de no dejarse influenciar por el enfoque de esas obras ni sus prejuicios²¹. Así, un mayor conocimiento sobre los protagonistas que actúan en las fuentes redundará en indagaciones más específicas y nos permitirá realimentar nuestras preguntas de investigación. En este proceso, el investigador reconstruye el entramado social del o los grupos que está buscando en los papeles, el mundo indígena comienza a cobrar vida evidenciándose qué personajes son los más destacados, cómo se vinculan con otros, su posición social y hasta su tipo de personalidad. También se hace evidente, en esta instancia, la gran ingerencia o intervención que posee el investigador, quien pone en diálogo, confronta y complementa un determinado conjunto de documentos y no, otros.

En este sentido, trabajamos con “descartes”, con “datos marginales, considerados como reveladores” (Ginzburg 2004:78) como lo proponen los microhistoriadores que han desarrollado el *método de los indicios*. Este método ha sido descripto por Ginzburg (2004) quien rastreó sus antecedentes desde Morelli a Freud y Conan Doyle para desembocar en la “sintomatología” de la medicina: “la disciplina que permite diagnosticar las enfermedades inaccesibles

²⁰ El piloto de la Real Armada Basilio Villarino realizó diversas expediciones de reconocimiento de las costas y ríos del norte de la Patagonia, en el marco de la expedición comandada por F. de Viedma mencionada anteriormente.

²¹ Una buena táctica para lograrlo es tratar a la bibliografía académica con los mismos recursos de contextualización y sospecha que utilizamos para las fuentes (Nacuzzi 2010).

a la observación directa sobre la base de síntomas superficiales, a veces irrelevantes” (79).

Revel (1995) ha descrito el trabajo del microhistoriador haciendo un paralelo con un cuento de Henry James llamado “En la jaula”, donde una empleada de correos sólo se entera del texto de los telegramas que un cliente envía y así reconstruye una historia posible. El trabajo en el archivo tiene estas características: encontramos una voz de las dos posibles cuando tenemos entre manos una carta, un relato, un diario, y esa voz está seguramente teñida por el etnocentrismo. Cuando se trata de un sumario administrativo o un proceso judicial, podemos alentar la esperanza de “escuchar” la voz indígena entre las múltiples voces encorsetadas en un cuestionario pre-establecido. Ginzburg ha señalado elocuentemente esta cuestión al observar que los documentos escritos “se sirven a veces de testimonios orales: más precisamente, de los registros escritos de testimonios orales” (215). Aunque el autor se refiere a procesos inquisitoriales y advierte sobre las profundas distorsiones que pueden presentar debido a las presiones físicas y psicológicas que caracterizaban a tales procesos, rescata que en algunos casos excepcionales pueden percibirse “voces distintas, diferentes, incluso contrastantes” (221).

En nuestro trabajo de campo vamos tras esas voces diferentes. Trabajamos, entonces, con huellas, indicios, datos marginales, que aparecen en los documentos, a la sombra de los hechos que relatan, con lo que *no hay* -en el sentido de Farge (1991)- y con lo que *sí hay*, con esos mismos hechos que son desmenuzados y vueltos a armar por nosotros, para llegar a los personajes y hechos no centrales: los líderes étnicos, los grupos étnicos, sus transacciones económicas y estrategias políticas. A veces, tales hechos son resaltados: cuando se trata de un acontecimiento en que algún funcionario es protagonista. Otras veces, como cuando intentamos indagar sobre las relaciones entre grupos étnicos, los datos se vuelven más elusivos.

Además, como lo expresa Turner (1999), nos enfrentamos al problema de dirimir entre lo que las personas “dicen que hacen” y lo que realmente “hacen”. Tenemos unos documentos que afirman, por ejemplo, que se ha llevado a cabo “la conversación con los indios en el sentido de advertirlos según las instrucciones de Vuestra Excelencia”, lo cual presenta la subsiguiente incógnita: ¿se llevó a cabo realmente esa “conversación”? Pueden aparecer otros papeles que lo confirmen o lo nieguen o, quizás, no aparezca ninguna otra referencia sobre los hechos.

Nuestra actitud hacia los documentos, papeles y relatos que guarda el archivo siempre está impregnada de dudas y sospechas, siempre buscamos más allá de la literalidad de los escritos, analizamos quién lo escribe y para qué, leemos entre líneas e intentamos buscar lo latente u oculto y lo que se esconde más que lo que se revela, en lo que Ricoeur (1983) llamaría una “hermenéutica de la sospecha”. Nuestra “escucha” de los documentos tiene siempre resultados provisorios, en palabras de este autor: analizamos lo literal y luego nos preguntamos qué esconde y qué dicen los silencios, para volver a la escucha y descubrir otros silencios, en un “círculo hermenéutico”.

A MODO DE CONCLUSIÓN

Estas reflexiones pretenden poner en diálogo problemas de método y acceso a las fuentes, que son comunes a los científicos sociales que tratan temas actuales y a los que hacemos etnografía histórica, o sea: los que nos dedicamos a reconstruir la vida social y política de grupos étnicos que estuvieron en contacto con los funcionarios y agentes del estado colonial y/o de las incipientes repúblicas y, para ello, nuestra principal fuente de datos son los papeles que se guardan en diversos archivos.

Creemos que poner en evidencia este tipo de problemas en común sirve para estimular la discusión sobre los campos de nuestras disciplinas, discusión que no debería estar centrada tanto en la preocupación por *delimitarlas* o *diferenciarlas* sino en encontrar las vías de comunicación que puedan ser fructíferas para el avance del conocimiento. Esos canales de contacto están, indudablemente, en las cuestiones epistemológicas y metodológicas.

Cada vez más en las investigaciones sociales, se considera las fuentes escritas como otro corpus de datos para tener en cuenta en la investigación. En nuestro medio académico, hasta hace unos diez años, una investigación en antropología social, por ejemplo, se planteaba como recurso metodológico excluyente el trabajo de campo etnográfico. Hoy las cosas han cambiado y los proyectos de investigación de los antropólogos sociales contemplan el estudio de diversos tipos de fuentes escritas: historia clínicas, informes escolares, actas de reuniones, registros de empresas, boletines informativos barriales, artículos periodísticos de los diarios de mayor tirada.

Por ejemplo²², en un proyecto de investigación sobre violencia e inseguridad en un barrio pobre (donde el método principal es el etnográfico), se propone la búsqueda de artículos periodísticos que pongan en evidencia las estigmatizaciones frecuentes hacia los habitantes de ese barrio o “villa miseria”. En este caso, aparte de la evaluación de la función de algunos medios de comunicación, habrá un primer abordaje de esos artículos como fuentes escritas con sus particulares contextos de producción. Otro ejemplo aun más interdisciplinario: en un proyecto de investigación sobre la vinculación de diversos actores sociales con los sitios arqueológicos de una región (considerados por el Estado como “patrimonio arqueológico”), se propone el método etnográfico de la observación con participación como el modo principal de obtención de los datos y también se contempla la consulta de diversas fuentes escritas, como declaraciones de la UNESCO, legislación nacional y provincial, demandas judiciales de las comunidades indígenas de la región y artículos periodísticos.

Una experiencia particular fue la de una investigadora que realizó sus visitas al archivo en la sede del comité central del Partido Comunista Argentino (PCA). Su interés era estudiar la solidaridad internacional y su manifestación en las brigadas que el PCA había enviado entre 1983 y 1985 a Nicaragua para ayudar en la cosecha de café. Su problema de investigación pertenecía al pasado reciente: el archivo no estaba atendido por personal especializado ni ordenado

²² Ejemplos tomados de proyectos de investigación para el Programa de Doctorado de la Universidad de Buenos Aires.

o cuidado especialmente. En estos casos, establecer una buena relación con el ocasional archivero-no profesional es de vital importancia porque es el único que puede llegar a dar pistas de la ubicación de los papeles que nos interesan. Más allá de la importante vía de información que la investigadora podía obtener de lo que llamamos “fuentes orales”, puesto que algunas de las personas que conoció en el comité central habían participado de las brigadas, el solo hecho de visitar el archivo se transformaba en un trabajo de campo etnográfico: allí conocía informantes, escuchaba relatos sobre las brigadas y otros temas conectados, observaba a los que frecuentaban el lugar, en calidad de militantes de hoy, y podía preguntarles sus opiniones sobre ese fragmento de historia reciente que ella estaba interesada en reconstruir. Confluían, entonces, tres vías de obtención de datos: la del archivo, la de los registros de historia oral y la observación etnográfica.

Estos ejemplos contribuyen a afianzar la idea de un trabajo científico cada vez más interdisciplinario, en el cual las etiquetas sobre especialidades y subespecialidades del conocimiento pierden fuerza y el préstamo de métodos y técnicas de investigación favorece creativamente la solidez de nuestras contribuciones científicas.

BIBLIOGRAFÍA

Bechis, M. (1983). *Interethnic Relations during the Period of Nation-State Formation in Chile and Argentina: from Sovereign to Ethnic*. Ann Arbor, UMI (Dissertation Information Service).

Bensa, A. (1996). De la micro-histoire vers une anthropologie critique. En J. Revel (Dir.), *Jeux d'échelles. La micro-analyse à l'expérience* (pp. 37-71). París: Hautes Etudes/Gallimard/Le Seuil.

Cohn, B. (1980). History and Anthropology: The State of Play. *Comparative Study of Society and History*, 22, pp. 198-221.

Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Alzira. Edicions Alfons el Magnànim / Institució Valenciana d'Estudis i Investigació.

Geertz, C. (1997). *La interpretación de las culturas*. Barcelona. Gedisa.

Ginzburg, C. (1983). *The Night Battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries*. Baltimore. Johns Hopkins University Press.

----- (2001). *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*. Barcelona. Península.

----- (2004) *Tentativas*. Rosario. Prohistoria Ediciones.

Guber, R. (2004). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Buenos Aires. Ed. Paidós.

Langer, E. (2001). Las fuentes documentales escritas. En R. Barragán (Coord.), *Formulación de proyectos de investigación* (pp. 171-183). La Paz: PIEB.

Levi, G. (1993). Sobre microhistoria. En P. Burke (Ed.), *Formas de hacer Historia* (pp. 119-143). Madrid: Alianza.

Lorandi, A. M. (Coord.) (1997). *El Tucumán colonial y Charca*. Buenos

Aires. Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires.

Lorandi, A. M. y Del Río, M. (1992). *La etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas*. Buenos Aires. Centro Editor de América Latina.

Lorandi, A. M. y Nacuzzi, L. R. (2007). Trayectorias de la etnohistoria en la Argentina (1936-2006). *Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología*, XXXII, pp. 282-297.

Lucaioli, C. (2005). *Los grupos abipones hacia mediados del siglo XVIII*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología.

----- (2011). *Abipones en las fronteras del Chaco. Una etnografía histórica sobre el siglo XVIII*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología.

Malinowski, B. (1995). *Los argonautas del Pacífico Occidental. Comercio y aventura entre los indígenas de la Nueva Guinea melanésica*. Barcelona. Península.

Mandrini, R. J. (1992). Indios y fronteras en el área pampeana (siglos XVI-XIX). Balance y perspectivas. *Anuario del IEHS*, 7, pp. 59-73.

Moniot, H. (1978). La historia de los pueblos sin historia. En J. Le Goff y P. Nora (Dir.), *Hacer la Historia I* (pp. 117-134). Barcelona: Editorial Laia.

Murra, J. V. (1975). Las investigaciones en etnohistoria andina y sus posibilidades en el futuro. En J. V. Murra, *Formaciones económicas y políticas del mundo andino* (pp. 275-312). Lima: Instituto de Estudios Peruanos.

Nacuzzi, L. R. (1991). La cuestión del nomadismo entre los tehuelches. *Memoria Americana*, 1, pp. 103-134.

----- (1998). *Identidades impuestas. Tehuelches, aucas y pampas en el norte de la Patagonia*. Buenos Aires. Sociedad Argentina de Antropología.

----- (2000). De la relación Arqueología/Etnohistoria al estudio de las identidades étnicas en perspectiva histórica: reconstruyendo lo tehuelche. *Memoria Americana*, 9, pp. 253-271.

----- (2002). Leyendo entre líneas: una eterna duda acerca de las certezas. En S. Visacovsky y R. Guber (Comps.), *Historia y estilos de trabajo de campo en Argentina* (pp. 229-262). Buenos Aires: Editorial Antropofagia.

----- (2010). *Principios básicos de entrenamiento en la investigación: la tesis de licenciatura*. Buenos Aires. Facultad de Filosofía de la Universidad de Buenos Aires.

Necker, L. (1984). Procedures de recherche en ethnohistoire: L'exemple d'études sur le passé colonial et pre-colonial de l'Amérique du Sud. *Ethnologica Helvetica* (Diachronica), 8, pp. 269-279.

Pratt, M. L. (1997). *Ojos imperiales. Literatura de viajes y transculturación*. Bernal. Universidad Nacional de Quilmes.

Revel, J. (1995). Micro-análisis y construcción de lo social. *Anuario del IEHS*, 10, pp. 125-143.

----- (2000). Historia y Ciencias Sociales: lecturas de un debate francés alrededor de 1900. *Memoria Americana*, 9, pp. 13-35.

Ricoeur, P. (1983). *Freud: una interpretación de la cultura*. México. Siglo XXI.

Roulet, F. (2004). Con la pluma y la palabra. El lado oscuro de las negociaciones de paz entre españoles e indígenas. *Revista de Indias*, LXIV, N° 231, pp. 313-347.

Trigger, B. (1982). Ethnohistory: problems and prospects. *Ethnohistory*, 29, N° 1, pp. 1-19.

Turner, V. (1999). *La selva de los símbolos*. México. Siglo XXI.

Viazzo, P. P. (2003) *Introducción a la Antropología Histórica*. Lima. Pontificia Universidad Católica del Perú/Instituto Italiano de Cultura.

Wolf, E. ([1982] 1993). *Europa y la gente sin historia*. Buenos Aires. Fondo de Cultura Económica.